

↳ Historia del escudo peronista: sus inflexiones de clase y de “raza” (1945-1955)*

Ezequiel Adamovsky

Universidad de Buenos Aires/CONICET, Argentina

Resumen: Este trabajo reconstruye la historia del “escudo peronista” que desde 1946 identifica a los partidarios de ese movimiento. Los cambios en sus usos y los desplazamientos de sentido que experimentó a través del tiempo ejemplifican las interdependencias entre las nociones de ciudadanía y de clase que marcaron el fenómeno peronista y sus ambivalencias respecto del lugar del antagonismo social. Al mismo tiempo, también iluminan ciertas inflexiones “raciales” que se manifestaron en el período en cuestión que, por su carácter más bien implícito, no han merecido aún suficiente atención. Este trabajo documenta, por primera vez, la producción y circulación de una variante peculiar del escudo, diferente de la oficial, en la que se muestran tonalidades de la piel diferentes y ofrece elementos para el análisis de su significado.

Palabras clave: Peronismo; Clase; Etnicidad; Populismo; Argentina; Siglo xx

Abstract: This article traces the history of the “Peronist Coat of Arms”, an identity emblem of that movement since 1946. The changes in its uses and shifts of meaning over time are analyzed as examples of the interdependencies of categories of citizenship and class and the ambivalence regarding social antagonism typical of the peronist phenomenon. At the same time, they also illuminate certain racial inflections that appeared at that time which, due to their rather implicit character, have not received enough scholarly attention. This article documents and analyses for the first time the production and circulation of a peculiar variant of the Coat of Arms in which, unlike the official one, different skin colors are displayed.

Keywords: Peronism; Class; Race; Populism; Argentina

Si algo caracterizó al peronismo histórico como movimiento político fue la importancia que le otorgó a los símbolos, a los rituales y, en general, al lenguaje visual a la hora de construir sentido y movilizar lealtades. Aunque este aspecto ha recibido bastante atención de los investigadores (una buena síntesis en Schembs 2013), siguen existiendo zonas poco conocidas. En este trabajo me propongo estudiar una de ellas: la de los usos del “escudo peronista” que, desde 1946, identifica a los partidarios de ese movimiento. Como intentaré mostrar en las páginas que siguen, los cambios en esos usos y los desplazamientos de sentido que experimentó a través del tiempo ejemplifican de manera particularmente clara las interdependencias entre las nociones de ciudadanía y de clase que

* Quisiera agradecer la ayuda de José Emilio Burucúa e Inés Yujnovsky, quienes sugirieron invaluable lecturas y marcos teórico-metodológicos para este trabajo.

marcaron el fenómeno peronista. Pero también iluminan ciertas inflexiones “raciales” que se manifestaron en el período clásico que, por su carácter más bien implícito, no han merecido la suficiente atención de los especialistas.

El escudo: su creación y sus usos

Las alternativas del diseño y primera circulación del emblema son conocidas. El que luego se haría famoso como “escudo peronista” fue bocetado hacia fines de 1943, por encargo de Ángel R. Guzmán, propietario de un pequeño establecimiento de fabricación y venta de copas, distintivos y medallas metálicos para diversos usos, especialmente deportivos. El boceto inicial, realizado por Alfredo Pereyra (un dibujante empleado de Guzmán, nacido en Portugal) no tenía ningún sentido político: se trató de un diseño para un instituto militar que había encargado un distintivo para uso castrense. Como puede verse en la siguiente imagen, era apenas una estilización del escudo nacional argentino (figs. 1 y 2).



Figs. 1 y 2: El escudo argentino y el escudo peronista (en su diseño y colores más habituales).¹

¹ La fig. 1 está tomada de: <https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Coat_of_arms_of_Argentina.svg>; Permission: Public Domain PD-AR-Gov (15.07.2015). La fig. 2 pertenece al archivo personal del autor.

Como ese escudo no fue del agrado de los clientes, Guzmán les ofreció otro, dejando en carpeta el que nos compete. Poco después, cuando Perón comenzó su ascenso como figura pública, buscó tener un distintivo político que lo identificase. Intentando satisfacer esa demanda, el periodista Enrique Wehmann –quien más tarde llegaría a ser director de Difusión de la Subsecretaría de Informaciones– se acercó, ya entrado 1945, al local de Guzmán, quien presentó luego a Perón el boceto que tenía preparado. Al coronel le gustó de inmediato, por lo que el fabricante, según afirmó mucho tiempo después, se apresuró a anotarlo en Registro de la Propiedad Intelectual con el nombre de “Distintivo de la Paz”, derechos que luego cedió a cambio de la exclusividad en la fabricación (Rosenkrantz 1997: 167-70; Guzmán 1989; Wehman s./f.).²

El distintivo así diseñado se conoció públicamente durante la campaña electoral de febrero de 1946. El “escudo peronista” apareció entonces en los diarios como parte de la publicidad de los candidatos que acompañaban a Perón, coexistiendo con otro emblema que habían diseñado los laboristas para su partido. Las boletas electorales de los radicales renovadores utilizaron el escudo (no así las de los laboristas).³ La convivencia de ambos distintivos terminó poco después: cuando Perón ordenó la disolución del Partido Laborista, la Junta Ejecutiva del nuevo Partido Único de la Revolución Nacional dispuso formalmente, en mayo de 1946, que en adelante fuera el “símbolo oficial” del movimiento (Mackinnon 2002: 44).

Durante las primeras dos presidencias de Perón el escudo tuvo una profusa circulación. El taller de Guzmán llegó a producir 16.000 distintivos metálicos por día; se utilizaban no solo como prendedores, sino también adheridos en las tapas de algunos de los libros editados por la Subsecretaría de Informaciones, en las medallas peronistas (también llamadas “de la Lealtad”) que entregaba el gobierno, etc. (Guzmán fabricó incluso el de gran tamaño que cubrió el féretro de Evita) (Rosenkrantz 1997: 168). Como impreso también conoció una circulación abundante: estuvo en el encabezado de las boletas electorales y en la portada de cada edición de la *Revista del Laborismo*, de *Mundo Peronista* y de otras. También aparecía en afiches de propaganda y en el papel membretado del Partido Peronista; cientos de miles de Escudos se imprimieron como carteles (solo en enero y febrero de 1954 la Subsecretaría de Informaciones mandó realizar 640.000).⁴ Figuró también en pancartas de manifestaciones y banderines y formó parte del distintivo que lucieron los miembros de la Unión de Estudiantes Secundarios, entre otros usos.⁵ La mayor presión hacia la “peronización” de la sociedad que marcó el segundo gobierno de Perón intensificó el uso del emblema. El escudo llegó a aparecer entonces en libros de

² En una carta privada de marzo de 1967 Perón dio una versión de los hechos: recordó que a comienzos de 1946 alguien (“creo que fue Mercante”) le presentó a “uno de los principales grabadores de medallas de Buenos Aires”, que venía con una caja conteniendo “muchos escudos argentinos con distintas formas” en *art decó*, que había confeccionado para “un encargo de 1930”. La caja cayó inesperadamente al suelo y todos se pusieron a recoger los escudos, pero hubo uno que no aparecía. Mientras lo buscaba entró Evita a la habitación y sin darse cuenta pisó el escudo perdido, lo levantó del suelo, y allí definieron que ese fuera el escudo peronista. De modo que el símbolo partidario de alguna manera “lo eligió Eva” (repr. en González Crespo 2009: 12-13).

³ Véase, por ejemplo, *La Época*, 12/2/1946 (agradezco la generosidad de Carolina Barry por esta referencia).

⁴ Archivo General de la Nación (AGN), Archivo Intermedio, Fondo Comisión Nacional de Investigaciones. Comisión 21: Caja 37. Caja 2. Caja 42, exp. 102975, cuerpo X, folio 33.

⁵ Distintivos y pancartas originales se conservan en el Museo 17 de Octubre (Quinta de San Vicente).

lectura para el primer grado de la escuela primaria, en los que se enseñaba que representaba un distintivo usado por “los valientes” y un símbolo de la “Patria Nueva” (Piccolo 1954: 12).⁶ En junio de 1953, la nueva provincia “Presidente Perón” (hoy Chaco) incluso adoptó el escudo –con el agregado de un rostro del líder– como emblema provincial (fig. 3), lo que terminaba de borrar las fronteras entre los símbolos del partido y los propios del Estado.



Fig. 3: Escudo de la provincia Presidente Perón.⁷

La meteórica carrera del escudo como símbolo puede apreciarse también por su uso en los principales rituales públicos del peronismo. Hasta el año 1950 incluido, el palco oficial en las celebraciones del Día del Trabajador (1° de mayo) y del Día de la Lealtad (17 de octubre) estuvo decorado solamente por el escudo nacional.⁸ En los años subsiguientes, la decoración habitual del palco en esos actos y en otros contó con el escudo nacional a la izquierda y el peronista a la derecha (o en disposición vertical y/o combinados con el logo de la CGT); el escudo solía colocarse asimismo en otros lugares de la escenografía y aparecía también en algunas pancartas de los manifestantes.⁹

⁶ Sobre la “peronización” notable en los cambios de los rituales públicos, véase Plotkin (1994: 126).

⁷ Museo del Hombre Chaqueño, Resistencia, Chaco, fotografía del autor.

⁸ AGN, Departamento de Cine, Audio y Video, Tambor 572 C16 1 A; Tambor 50 C16 1 A; Tambor 666 C16 1 A; Tambor 54 C16 1 A; Tambor 129 C16 1 A; Tambor 58 C16 1 A.

⁹ AGN, Departamento de Cine, Audio y Video, Tambor 132 C16 1 A; Tambor 136, C16 1 A; Tambor 8 C35

Simbología e inflexiones de clase

Sobre el significado de los blasones del escudo circulan variadas interpretaciones. La más comprehensiva y difundida es la de Fermín Chávez, que lo describe de esta manera:

En la parte superior brilla un sol naciente: se trata del nacimiento de la epopeya popular y del hecho nuevo peronista. También hay un ojo abierto. Es el ojo vigilante del pueblo, que es *vox dei*, la voz de Dios, y *oculus Dei*, ojo de Dios. En el lado derecho están los laureles, símbolos de victoria y de gloria. También, entre los laureles, hay nódulos rojos redondos, que reflejan la tradición del federalismo y del primer radicalismo. Después el gorro colorado, símbolo de la libertad y la liberación; también una idea republicana. Están, además, dos manos unidas, es decir, la unión nacional, la colaboración de clases para una revolución no violenta. Restan el azul y el blanco, que no hay que explicar, por ser los colores de la Nación.¹⁰

En verdad todos los blasones están presentes en el escudo nacional, de modo que algunas de estas interpretaciones (por ejemplo el gorro frigio como símbolo de libertad) pueden aceptarse como verosímiles. De otras, sin embargo, no hay evidencia empírica que las sustente (por caso, la del “ojo vigilante”, la nueva epopeya popular o la conexión con el federalismo o el radicalismo). Como vimos, no había intención política en el primer diseño del escudo, de modo que habría que concluir que los blasones no tienen (o al menos no tenían inicialmente) otro significado que no sea el de su referencia al escudo nacional.¹¹ La única innovación, más allá de la estilización del diseño, es la disposición diagonal de los brazos, antes que horizontal. Marcela Gené afirma que en el boceto inicial remitía a la solidaridad entre los escalafones del ejército, lo que luego fue resignificado como “la ayuda del fuerte al desvalido” (Gené 2005: 40). Otros autores la han interpretado en cambio como una alusión a “la relación de subordinación entre el pueblo unido y organizado y su máximo conductor” (Ciria 1983: 284-285; Mercado 2013: 143-145).

Los estudiosos del lenguaje visual han llamado la atención sobre la necesidad de analizar una imagen singular teniendo siempre en cuenta la relación que mantiene con otras (Poole 1997: 7). En verdad, la orientación diagonal de las manos debe interpretarse en la relación visual que establece con la posición horizontal del escudo nacional, con el que dialoga no solo por la alusión implícita de la imagen, sino también por el hecho de que, como vimos, uno y otro solían mostrarse juntos en los actos oficiales, con el peronista ubicado a la derecha desde el punto de vista del observador. En el escudo nacional, las manos entrelazadas simbolizan unión y fraternidad (Corvalán Mendilaharsu 1944; Archivo General de la Nación 1933). Debe tenerse en cuenta que esa imagen llegó al emblema patrio casi con seguridad retomada de la simbología de los grupos jacobinos

1 A; Tambor 557 C35 1 A; Tambor 638 C16 1 A; Tambor 64 C16 1 A.

¹⁰ Fermín Chávez: *El escudo peronista*, s/f [c. 1995] (folleto mecanografiado donado por el autor al Instituto Nacional Juan Domingo Perón, parcialmente repr. como “Historia y significado del escudo peronista”, *Boletín de actividades* (Inst. Nac. J. D. Perón), n° 6, junio de 1998, p. 5; de allí lo han tomado numerosos sitios web.

¹¹ No he encontrado fundamento en la afirmación de algunos escritores antiperonistas según la cual el diseño del escudo se inspiró en distintivos del ejército alemán de la época nazi (véase por ejemplo Firpo 2003; Gambini 1999: II, 35).

con actuación en la Revolución Francesa, que utilizaron un *laissez passer* de diseño muy similar (Pezzano 2008), y que en la Argentina también se utilizaba en el logo de la Federación Obrera Regional Argentina –la primera central obrera– y en otras entidades sindicales de signo anarquista (fig. 4):



Fig. 4: Emblema de la FORA.¹²

Las nociones de fraternidad que animaban la Revolución Francesa podían incluir sentidos de antagonismo respecto de las clases privilegiadas, algo que ciertamente estaba presente entre los anarquistas de la FORA. El significado de ambos emblemas se decodifica a través del lenguaje visual, pero también mediante las categorías verbales contiguas a la imagen o el contexto de su uso. El dibujo de las manos remite metonímicamente a una colectividad que existe fuera de la imagen. Que estén entrelazadas, denota un acuerdo; el sentido horizontal, la igualdad entre los acordantes. Pero, a su vez, el contexto de una revolución completa el sentido: la colectividad aludida es la que está en oposición a los grupos contrarrevolucionarios. En el emblema de la FORA el texto redondea un sentido similar: quienes entrelazan sus manos son los obreros y no otros. Pero la idea de fraternidad había sido también retomada por la tradición liberal, que la depuró de cualquier ribete antagónico. Las manos entrelazadas en el escudo nacional remiten metonímicamente a *toda* la nación: representan la unión y fraternidad de un cuerpo ciudadano formado por personas iguales ante la ley. La horizontalidad en la disposición no permite imaginar que los acordantes constituyan ningún grupo particular, ninguna “clase” de personas, sino la generalidad abstracta de la ciudadanía. De hecho, el lenguaje visual del escudo nacional, combinado con las categorías que aporta

¹² La imagen está tomada de: <https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Sello_Vcongreso.jpg>; Permision: Public Domain PD-Self (15.07.2015).

el contexto de su uso, invisibiliza las diferencias sociales y antagonismos que pudieran existir entre los miembros de la nación.

Como bien señalaron Susana Aime, Ivana Lizarriturri y Carlos Mangone, la innovación de los brazos en diagonal representa, en la simbología peronista, el pasaje del imaginario liberal a uno que gira en torno de la idea de “comunidad organizada”. En la nueva Argentina de Perón, la igualdad abstracta cedía su lugar a la “justicia social”, que a su vez descansaba en el ideal de una alianza de clases que requería la solidaridad de los ricos hacia los pobres (Aime *et al.*: 1994). De hecho, el propio Perón lo había interpretado de esa manera. En sus discursos, se refirió al escudo al menos en tres oportunidades, deteniéndose en todas ellas específicamente en las manos en sentido oblicuo. En marzo de 1949, con ocasión de la entrega de la medalla peronista a los convencionales constituyentes de su partido, Perón afirmó que esa medalla

para nosotros es símbolo de un sentido de absoluta unión fraternal de argentinos. En ella está reflejado el escudo peronista, que es el mismo escudo de la Patria en una admirable síntesis, en la cual hemos descentrado las manos horizontales, que significan una unidad o una unión fraternal, para ponerlas en sentido oblicuo, que significa para nosotros la solidaridad del pueblo argentino, donde la mano de arriba sostiene y levanta la mano de abajo. Es el símbolo de una Nueva Argentina, de una Argentina sin egoísmos, de una Argentina con un sentido y un sentimiento preñados de amor al prójimo y de ayuda al compatriota (Perón 1998: XI [1], 169).

En las dos menciones posteriores, de 1951 y 1952, la misma idea aparece repetida, aunque con una tonalidad que resalta más las diferencias de clase y el deber moral de los ricos de ayudar a los pobres. Si antes “los ricos y los poderosos” amasaban su riqueza sobre “el dolor de millones de hombres explotados dentro del régimen capitalista”, en la Argentina peronista “los de arriba tienen la obligación de dar la mano a los de abajo para ayudarles”: ese era, para Perón, el sentido del escudo (Perón 1998: XIV [2], 420 y XV, 43).

Sin lugar a dudas, las ideas de justicia social y de comunidad organizada que para Perón graficaba el escudo apuntaban a la conciliación de clases y no al antagonismo. Sin embargo, como es bien sabido, los sentidos asociados a una imagen suelen no agotarse en las intenciones con las que la utiliza quien la crea o la difunde: si algo caracteriza el lenguaje visual es su imprecisión, su frecuente polisemia, lo que lo hace pasible de reapropiaciones de diverso tipo (incluyendo las francamente heréticas) (Burke 2005: 231). Pensando en la recepción del emblema, más allá de las intenciones del gobierno, puede analizarse al Escudo como un producto de la peculiar visión “melodramática” iluminada por Matthew Karush. Como ha mostrado Karush, las producciones culturales orientadas al consumo masivo asumieron tempranamente en Argentina un tono “populista”. Los films, canciones y programas radiales de los años veinte y treinta difundían mensajes conformistas y fantasías de ascenso social, tal como lo hacían en otros países. Pero también “diseminaban versiones de la identidad nacional que reproducían e intensificaban las divisiones de clase”. Los directores, locutores, guionistas, músicos o dueños de industrias culturales participaban de la producción de ese tipo de mensajes, incluso sin proponérselo. Enfrentados en una competencia desigual con el jazz y los films norteamericanos, encontraron en la búsqueda de una “autenticidad nacional”

el nicho que les permitía disputar una audiencia. Para dar con el tono auténtico que buscaban, retomaron elementos de la cultura popular previa, del tango, el sainete y el discurso criollista, insertándolos en una nueva cultura de masas estructurada según el código del melodrama, que planteaba una oposición binaria entre un mundo popular definido como terreno de la ética, la solidaridad y la autenticidad nacional, y un plano de las clases altas marcado por el egoísmo, la inmoralidad y la vinculación con los intereses extranjeros. Y aunque esa oposición solía encontrar, por ejemplo al final de muchos films, una resolución que reconciliaba los polos enfrentados (habitualmente por obra de la reeducación moral de la clase alta en los valores sencillos del pueblo), el enfrentamiento de clases expuesto hasta allí era de tal envergadura, que cualquier final optimista se volvía poco creíble. Así, a diferencia de otros países, la cultura de masas en Argentina no contribuyó a forjar “mitos de unificación nacional”, sino que generó imágenes polarizantes y divisivas, de fuerte contenido “clasista”. A su turno, estas imágenes proveyeron mucho de la “materia prima discursiva con la que Perón y Evita construyeron su movimiento de masas” (Karush 2012: 3).

Desde el punto de vista del lenguaje visual, el escudo que analizamos tenía la misma ambivalencia. Las manos entrelazadas, como lo explicaba verbalmente Perón, prometían la unidad y la solidaridad entre las clases (una promesa que, dicho sea de paso, funcionaba como desmentida a la necesidad de que los obreros estrecharan solo las manos de otros obreros, como en el emblema de la FORA). Sin embargo, la misma posición inclinada recordaba a quien lo miraba que existía una asimetría entre la clase alta y la baja, precisamente lo que el escudo nacional invisibilizaba. La ilusión de reconciliación social podía funcionar en la medida en que los ricos cumplieran con la obligación de hermanarse con los pobres. Pero tan pronto pareciera que no estaban a la altura de ese imperativo moral, el recuerdo de la asimetría podía operar de manera inversa, alimentando visiones más antagonistas. En la imaginación de Perón, su escudo representaba una fase históricamente superior a la del escudo nacional, una fase de reparación social (acaso por eso solía situarlo siempre a la derecha y no al revés). Pero si la reparación fallaba, ya no había vuelta atrás: la asimetría que exponían los brazos en diagonal hacía imposible volver a creer en la horizontalidad abstracta que planteaba el escudo patrio.

Una variante desconocida del escudo

Un aspecto que ha pasado inadvertido entre los historiadores del peronismo es la circulación de una versión peculiar del escudo –la llamaremos en adelante “bicolor”– en la que los brazos entrelazados tienen tonalidades de piel diferentes (el de abajo más oscuro que el de arriba). La mejor imagen disponible es la siguiente (Fig. 5):



Figura 5: Perón en el Ministerio de Trabajo y Previsión en un acto por el décimo aniversario de la creación de los Tribunales del Trabajo, 9-8-1955.¹³

Ciertamente, el escudo bicolor era mucho menos habitual que el de una sola tonalidad: lo he encontrado solo en un puñado de registros visuales, siempre como decoración de actos o lugares públicos o en banderas de concentraciones (no he hallado ninguno en formato de distintivo metálico, ni impreso en papel de ninguna clase). Apareció también en pañuelos de propaganda oficial.¹⁴ Pero su infrecuencia no significa que haya sido poco visto. De hecho, el primer registro que he hallado, cronológicamente hablando, es nada más ni nada menos que el del “Cabildo Abierto” del 22 de agosto de 1951, la concentración popular más numerosa del peronismo clásico y una de las más concurridas en toda la historia del país. El escenario montado por la CGT para que hablaran su secretario general, Perón y Evita, estaba decorado por un escudo bicolor gigante, ubicado centralmente sobre el palco de los oradores. Aunque la casi totalidad de los registros visuales de la época están en blanco y negro, para el Cabildo Abierto contamos con una rara filmación en color, en la que se ven claramente contrastadas la tonalidad amarronada del brazo inferior y la rosácea del superior. Más de un millón de personas –según algunos cálculos– pudieron observar directamente ese día ese escudo, a los que habría que agregar todos los que lo vieron a través de los cortos publicitarios del gobierno y los noticieros en el cine y en las fotos de los medios gráficos. Aunque en estas el matiz de las manos entrelazadas

¹³ CeDInCI, archivo *La Razón* [SGAL-CFV-C-8-1402] (1). La revista *Mundo Peronista* (nº. 92-93) publicó esta misma foto pero mal atribuida a un acto en el Salón de Actos de la CGT ante delegados sindicales, acto que en verdad ocurrió al día siguiente.

¹⁴ Lo he hallado en el estampado de uno de los pañuelos conmemorativos que distribuía la Fundación Eva Perón, conservado en el Museo 17 de Octubre (Quinta de San Vicente). La diferencia de tonalidad es muy sutil pero aun así perceptible.

apenas alcanza a distinguirse, en los documentos filmicos se ve con toda nitidez. Además, en estos alcanza a divisarse entre el público por lo menos una pancarta en manos de un grupo (que los identifica como correntinos), ilustrada también con un escudo bicolor.¹⁵

El mismo emblema matizado se utilizó con certeza en las siguientes concentraciones o actos públicos: un acto con presencia de Perón en el Sindicato de Luz y Fuerza en 1952;¹⁶ la celebración oficial del 1° de Mayo de 1953 en Buenos Aires;¹⁷ un acto con presencia de Perón en la República de los Niños (La Plata) el 19 de noviembre de 1953;¹⁸ una concentración popular en Mar del Plata por la visita de Perón el 11 de marzo de 1954;¹⁹ el acto de clausura del XX Congreso Nacional de la Confederación General de Empleados de Comercio en el Teatro Colón el 5 de julio de 1954;²⁰ un acto de la misma entidad en Buenos Aires el 19 de marzo de 1955;²¹ el acto del 1° de Mayo de 1955.²² Además de estas apariciones, he registrado otras tantas en documentos visuales en los que la calidad de la imagen no permite estar absolutamente seguros, pero hay una fuerte presunción: el acto oficial del 1° de Mayo de 1951;²³ un pequeño ágape de fin de año de una repartición de la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires c. 1952;²⁴ el velatorio de Evita;²⁵ una visita de Perón a la Universidad Obrera en 1953;²⁶ el acto oficial del 1° de Mayo de 1954;²⁷ un evento en la Quinta de Olivos el 27 de septiembre de 1954;²⁸ un banquete del Partido Peronista Femenino en Buenos Aires el 29 de diciembre de 1954;²⁹ y un evento sin fecha ni más datos en la ciudad de Lobos.³⁰ Seguramente se utilizó en muchas otras ocasiones de las que no he hallado registros visuales (o solo los hay de vistas parciales).

¹⁵ La mejor fuente para observar todo esto es el corto propagandístico “Cabildo Abierto del Justicialismo”, producido por la Subsecretaría de Informaciones inmediatamente después del evento: AGN, Departamento de Cine, Audio y Video, Tambor 15 C 35 1 A. El registro en color es AGN, Tambor 276 C16 1 A. Revisé ambos en alta definición para confirmar cada detalle del palco y de la multitud, entre la que también había quienes portaban otras pancartas con escudos sin matiz en la totalidad de las manos.

¹⁶ Fotografía en la muestra central del Museo 17 de Octubre (Quinta de San Vicente).

¹⁷ AGN, Departamento de Cine, Audio y Video, Tambor 8 C35 1 A. Aquí el escudo situado arriba del palco principal no tiene matices, pero en el lienzo que cuelga debajo del palco hay uno bicolor a la izquierda (revisado en alta definición).

¹⁸ AGN, Archivo Intermedio, Fondo Comisión Nacional de Investigaciones, Colección Bibliográfica: folleto *Un pueblo feliz aclama a Perón*, Subsecretaría de Informaciones, Buenos Aires, 1953.

¹⁹ CeDInCI (archivo fotográfico de *La Razón* SGAL-CFV-C-6-832); hemos revisado el detalle en un escaneado de alta definición, en el que el matiz se percibe claramente. Agradezco la colaboración de Eugenia Sik.

²⁰ AGN, Departamento de Documentos Fotográficos, Caja 3155, Foto 208112. Ese día Perón hizo uso de la palabra.

²¹ AGN, Departamento de Documentos Fotográficos, Caja 3155, Foto 209476. En el acto Perón hizo entrega de un campo de deportes para los empleados de comercio.

²² Fotografía en la muestra central del Museo 17 de Octubre (Quinta de San Vicente).

²³ AGN, Departamento de Cine, Audio y Video, Tambor 132 C16 1 A (no se trata del escudo del palco principal, que es sin matices, sino de otro en la ornamentación de la fachada de la casa de gobierno, sobre el palco adyacente donde se coronaba a la Reina del Trabajo).

²⁴ Archivo del Museo Evita, donación Sabaté, Caja A262-A264, sin n°. de folio (son cuatro fotos de un festejo de fin de año de la Dirección General de Festejos y Ornamentaciones).

²⁵ AGN, Departamento de Documentos Fotográficos, Caja 3164, foto 197.918_A (2) (se trata del escudo ubicado en la pared, no el de la bandera sobre el fèretro, que era sin matices).

²⁶ AGN, Departamento de Documentos Fotográficos, Caja 3175, foto 201046.

²⁷ AGN, Departamento de Cine, Audio y Video, Tambor 557 C35 1 A

²⁸ AGN, Departamento de Documentos Fotográficos, Caja 3167, foto 209322.

²⁹ AGN, Departamento de Documentos Fotográficos, Caja 3167, foto 209444.

³⁰ AGN, Departamento de Documentos Fotográficos, Caja 3142, foto 344867, Lobos, s/f [podría ser una visita de Perón a Lobos del 25 de oct. de 1952]

El origen de esta variación cromática es un misterio que no he podido develar, de modo que no puedo ofrecer de ello más que conjeturas. El primer dato notable es que sabemos que Guzmán diseñó el emblema sin matices y que el primer escudo bicolor hallado data de 1951, por lo que es muy probable que haya sido en efecto una innovación tardía. Sobre la fuente de esta innovación no pueden sacarse conclusiones. Es cierto que la gran mayoría de las apariciones fue en actos en los que estaba presente Perón y que con mucha frecuencia adornaba su propio palco. Pero de ello no puede concluirse que se originara en una decisión “oficial”. El grueso del registro visual disponible es el producido por dependencias del gobierno, de modo que puede ser un sesgo del propio archivo. Además, como vimos, en el primer registro de calidad suficiente que tenemos, el del Cabildo Abierto, el emblema bicolor estaba en el palco, pero también en una pancarta traída por los manifestantes, de confección manual. Por otra parte, si es que hubo en algún momento una orden “oficial” (es decir, dictada explícitamente por algún funcionario) de matizar los colores de los brazos, no se trató de una decisión de carácter permanente u obligatorio. En actos posteriores a algunos de los que identificamos, los palcos lucieron escudos sin matices o incluso, como vimos, la decoración los combinó de uno y otro tipo.³¹ Por otro lado, no hay ningún escudo bicolor en el abundante material impreso producido por la Subsecretaría de Informaciones, verdadera usina propagandística del gobierno, que utilizó profusamente el emblema hasta el final. Tampoco parece haber sido una decisión de esta naturaleza de la CGT, que en el salón de actos del nuevo edificio que construyó en estos años para su sede central eligió colocar escudos sin matiz. Por lo demás, el peronismo oficial siguió utilizando el escudo en décadas posteriores y hasta nuestros días, siempre en su variante sin matiz.

Si la innovación no provino de una decisión oficial de alto nivel, está claro que fue aceptada allí sin problemas. El gobierno peronista ponía gran atención en los aspectos visuales, simbólicos y propagandísticos, de modo que es impensable que el escudo bicolor hubiera llegado a un palco oficial sin la aquiescencia de Perón. ¿Pudo ser introducido inicialmente por algún funcionario de rango menor o acaso por los fabricantes de los escudos, sin que su presencia y su combinación con la versión “tradicional” fueran percibidas como un problema por las máximas autoridades del movimiento? Si esta hipotética posibilidad fuera plausible, en ese caso habría que descartar a Ángel Guzmán y su taller —de los numerosos escudos metálicos de su factura que he tenido la oportunidad de ver, incluyendo el del féretro de Evita, ninguno es bicolor— y en general al resto de los proveedores de la Subsecretaría de Informaciones. La posibilidad restante, entonces, es la de los fabricantes de los escudos de gran tamaño utilizados en los actos, y eso nos obliga a apuntar hacia la Municipalidad de Buenos Aires, cuya Dirección General de Festejos y Ornamentaciones tenía la misión de proveer el “modelado, reproducción y pintura de escudos nacionales e internacionales, emblemas y demás elementos alegóricos y decorativos” para los actos oficiales, tanto locales como de orden nacional.³² Era en esa Dirección donde se bocetaban las escenografías de la mayoría de los actos públicos que involucraban a Perón (incluyendo

³¹ Por ejemplo, los palcos del 1° de Mayo de 1953 y del 17 de Octubre de 1951 lucieron escudos sin matices; véase AGN, Departamento de Cine, Audio y Video, Tambor 638 C16 1 A y Tambor 64 C16 1 A respectivamente.

³² *Boletín Municipal de la Ciudad de Buenos Aires*, n°. 9256 (3/12/1951), pp. 2401-02 y n°. 8017 (9/6/1947), pp. 1274-75.

la disposición de los símbolos como el escudo);³³ además, en sus propios talleres se construían los escenarios y se diseñaban y confeccionaban los accesorios que adornaban los grandes actos, tarea en la que solían colaborar escultores y escenógrafos. Aunque no recordaba nada puntualmente sobre el escudo bicolor, un dibujante que trabajó allí luego de 1954, entrevistado por el autor, recordó que no era extraño que él y sus compañeros, responsables de bocetar los encargos, introdujeran innovaciones *motu proprio* en los diseños, las cuales podían o no ser luego aprobadas por las autoridades (él mismo aplicó algunas, por ejemplo, al escudo de la municipalidad).³⁴ Consultado sobre la posibilidad de que el matiz cromático pudiera haber sido introducido por iniciativa propia de alguno de los trabajadores de Festejos y Ornamentaciones, otro empleado que trabajó en esa repartición a partir de 1949 como ayudante de pintores y escultores lo consideró perfectamente posible.³⁵ Esta posibilidad es puramente conjetural (dejo constancia de ella solo por si pudiera orientar futuras pesquisas). Sobre su verosimilitud, cabe agregar que he encontrado un documento visual en el que se divisa lo que parece ser un escudo bicolor como parte de las decoraciones de un festejo de fin de año de los empleados de la Dirección de Festejos y Ornamentaciones.³⁶ En cualquier caso, la aparición de esa variante del escudo en una pancarta de manifestantes en 1951 (y posiblemente en un pañuelo propagandístico) podría indicar que la innovación pudo haber tenido también otros orígenes en simultáneo.

¿Inflexiones de “raza”?

¿Es posible analizar esta variante cromática del escudo como una inflexión “de raza” que se superponía a los sentidos de clase que analizamos en los apartados anteriores? Dicho en otros términos, el blasón de manos entrelazadas de distinto matiz ¿podía denotar la solidaridad esperada entre los ricos/blancos y los pobres/de piel amarronada (y, por lo mismo que señalamos más arriba, ser vector de la visibilización de la dimensión “racial” presente en las diferencias de clase en Argentina)?

Responder esta pregunta requiere algunas consideraciones previas. En el proceso de formación de clases sociales en la Argentina contemporánea existe una dimensión étnica poco atendida por los historiadores. Las mejores oportunidades que se abrieron con la implementación del modelo agroexportador en el último tercio del siglo XIX tendieron a ser aprovechadas por los inmigrantes predominantemente europeos que arribaron al país masivamente a partir del mismo período. Las estadísticas disponibles confirman que los

³³ Uno de esos bocetos, que contiene la disposición precisa de los escudos para la capilla ardiente donde sería velada Evita, está reproducido en Gutiérrez (2009: 42).

³⁴ Entrevista a Roberto del Villano, 9/9/2013. El entrevistado recordó también que los escudos peronistas que confeccionaban se almacenaban en su repartición para reutilizarse en cada acto y eran trasladados al interior del país cuando Perón realizaba visitas importantes. De modo que algunos de los documentos visuales de diferentes localidades aquí relevados pueden corresponder a un único escudo.

³⁵ Entrevista a César Ariel Fioravanti, 20/9/2013.

³⁶ Archivo del Museo Evita, donación Sabaté, Caja A262-A264, sin n°. de folio. Foto de un festejo de fin de año (podría ser de 1951 o 1952) de la Dirección General de Festejos y Ornamentaciones. Por el decorado, parece que fuera dentro de un galpón, en el que armaron unas mesas simples. En las paredes laterales se observan ornamentos varios con motivos navideños y en la pared contraria a la mesa principal se ve un escudo de la Municipalidad, retratos de Perón y Evita y lo que casi con total certeza parece un escudo peronista, todos de tamaño relativamente pequeño.

criollos de sectores populares quedaron en una situación comparativamente desventajosa (Germani 1987: 223-224). No contamos con estudios de origen étnico ni del color de la piel, pero todo indica que los de rasgos visiblemente mestizados y pieles amarrotadas, especialmente si habitaban en las zonas menos orientadas a la producción para la exportación, tendieron a acumular las peores oportunidades que ofrecía el mercado de trabajo. Esto no significa que, en tiempos de Perón, los trabajadores pertenecieran predominantemente a este último grupo. Por el contrario, se trataba de una masa notoriamente multiétnica, en la que los europeos (por no hablar de sus descendientes) tenían todavía una presencia muy notable. Sin embargo, desde comienzos de la década de 1930 se habían intensificado fuertemente las corrientes de migración interna, que trajeron a Buenos Aires y sus alrededores –principal escenario de la política nacional– un número creciente de personas procedentes del interior del país, muchas de ellas de rasgos mestizos. Ello generaría una fuerte ansiedad en una sociedad que se había acostumbrado a reconocerse en los discursos patrocinados por las élites, según los cuales Argentina era un país “blanco” y europeo. Cuando el peronismo irrumpió en la política nacional y las clases bajas asumieron un lugar de influencia mayor al que nunca habían tenido, estas ansiedades se multiplicaron. Así, entre los antiperonistas pronto se instaló una explicación del nuevo fenómeno, que apuntaba a descalificarlo mediante anatemas fuertemente racistas. En esta explicación, se consideraba que la base social de Perón estaba formada no por obreros de origen europeo (por ende “civilizados”), sino por los “cabecitas negras” –así se los denominó entonces– que habían llegado del interior atrasado, en el que quedaba aún un resto de la barbarie atávica del mundo criollo anterior a la gran inmigración, de los tiempos de las “montoneras” y los “candombes” que habían caracterizado la época de los caudillos federales (Milanesio 2010). Estas invectivas racistas funcionaban con una lógica equivalente: si los “cabecitas negras” eran peronistas, entonces toda persona de clase baja que fuera peronista podía ser considerada un “negro”, independientemente de su fenotipo o su procedencia. El propio peronismo aparecía como “cosa de negros” (e. g. Mugica 1945).

A pesar de estas miradas racistas (y también de la realidad de los sesgos étnicos del mercado de trabajo), ni las identidades populares ni el discurso político que proponía el peronismo se estructuraron según categorías raciales. El vocabulario y la imaginación social de unas y del otro permanecieron firmemente organizados en dicotomías de clase (trabajadores vs. oligarquía) que se superponían al lenguaje nacionalista (lo argentino vs. lo foráneo). Ni Perón ni Evita se refirieron públicamente a las diferencias en el color de la piel, ni mucho menos identificaron a su movimiento con los “cabecitas negras” (una expresión que no parecen haber utilizado nunca, al menos en los discursos que quedaron registrados). Pero aunque los dirigentes peronistas no cuestionaron abiertamente el mito de la Argentina blanca-europea, como he demostrado en otra parte, sí se apoyaron profusamente en el discurso “criollista”, que colocaba al criollo tradicional en el centro de la nación (quitando implícitamente de allí a los inmigrantes europeos recientes y su descendencia). Aunque la designación “criollo” no aludía *necesariamente* a ningún origen étnico particular ni mucho menos a un color de la tez, el criollismo funcionó, ya desde épocas anteriores, como canal para tematizar la diversidad étnica de la nación: al hacer visible el carácter mestizo del gaucho y al reponer la presencia de indígenas y afroargentinos como parte del mundo criollo, minaba sutilmente el mito de la Argentina “blanca”. Aunque los máximos líderes del peronismo no aludieran explícitamente a las diferencias de color entre los argentinos, hubo otros referentes sindicales (como Cipriano Reyes) o de la cultura de masas (como Buenaventura Luna) que,

aprovechando la oportunidad que ofrecía el criollismo, sí lo hicieron (Adamovsky 2014 y 2015). Algunos intelectuales peronistas inclusive saludaron la llegada de los provincianos a Buenos Aires como una saludable restauración del “equilibrio étnico y espiritual de nuestro pueblo” o escribieron poemas reivindicatorios de los “cabecitas negras” (Talamón 1947; Eguren 1951). En cualquier caso, en la época en la que apareció el escudo bicolor estaba claro, al menos para algunos peronistas, que el hecho de ser denigrados como representantes de los “cabecitas” era prueba de su carácter genuinamente popular.³⁷ Más aún, entre los artistas e intelectuales que colaboraban con la tarea propagandística del gobierno, había escritores de folletos que reivindicaban explícitamente la figura del “cabecita” (como el santiagueño Carlos Abregú Virreira) e ilustradores que elegían utilizar varios matices en su paleta para *mostrar* las diferencias en los colores de la piel (como Gregorio López Naguil, quien entre otras cosas bocetaba escenografías por encargo de la Dirección de Festejos y Ornamentaciones) (Abregú Virreira 1953: 9-14; Comisión Nacional de Cultura 1950).³⁸ Que las autoridades con responsabilidad estatal no siempre estaban de acuerdo con estas decisiones intelectuales o estéticas queda claro en el caso de la escultura de Evita encargada por la embajada argentina en París a Sesostri Vitullo en 1953. Cuando el renombrado escultor recibió la invitación oficial, la imaginó como un símbolo, una “libertadora de las razas oprimidas de América”, como escribió en una carta personal. En consecuencia, realizó un busto de Evita de marcados rasgos mestizos, en cuyo rodete se reconocían las formas del escudo peronista. Los diplomáticos que habían realizado el encargo lo recibieron con frialdad: la escultura fue escondida en un sótano y el autor nunca pudo recuperarla; permaneció olvidada hasta su redescubrimiento en 1973 (Barone 1973).

Las apropiaciones positivas de la figura del “cabecita negra” y la discusión abierta sobre el racismo en Argentina solo se volverían frecuentes tras el derrocamiento de Perón en 1955. Antes de esa fecha, el clima político-cultural no era propicio para tratar estas cuestiones de manera explícita en la esfera pública, y no solo por la solidez que todavía tenía el mito de la Argentina blanca-europea, sino también porque el discurso del peronismo ofrecía una reconciliación e integración de todos los argentinos de buena voluntad, sin importar su condición. No era momento, entonces, de poner sobre el tapete temas tan espinosos. Fue precisamente la amarga comprobación de que la mano de arriba no estaba dispuesta a ser solidaria con la de abajo, la que abrió la posibilidad de un debate en regla – más aún, lo exigió– sobre las múltiples desigualdades que marcaban la sociedad argentina, incluyendo las étnicas. No obstante, como señalamos, la cuestión ya estaba presente antes de 1955 en los márgenes e intersticios del discurso peronista. ¿Pudo el escudo bicolor ser una manifestación más de esa presencia, una promesa de la unidad “racial” tanto como la constatación de que la diferencia existía? Ni Perón ni ninguna otra persona, hasta donde sabemos, describió el escudo bicolor en esos términos de manera explícita, ni se refirió siquiera a la curiosa bicromía. No tenemos testimonios directos sobre el modo en que pudo ser interpretada por los manifestantes que lo veían o lo portaban en las concentraciones peronistas. Solo nos queda, entonces, apoyarnos en una hermenéutica de la imagen.

³⁷ Véase por ejemplo el discurso del diputado bonaerense Francisco Carnevale en Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires: *Diario de Sesiones 1952-1953*, vol. 3. La Plata: Dirección de Impresiones Oficiales, 1954, p. 1776.

³⁸ La participación del segundo como contratado eventual en Festejos y Ornamentaciones fue atestiguada por César Fioravanti en la entrevista ya mencionada.

Comencemos señalando que la ausencia de una tematización *verbal* de las diferencias en el color de la piel (que como ya señalé de todos modos no era total) no debe ser motivo de escepticismo respecto de las posibilidades de decodificar el escudo bicolor, en la clave que estamos proponiendo, por parte de quienes pudieron observarlo luego de 1951. Como han señalado sus estudiosos, la imagen tiene una lógica propia, irreductible a la del discurso; existe un modo específicamente visual de transmisión de sentidos, un poder significativo y también emotivo de las imágenes que no requiere del lenguaje verbal para actualizarse (aunque suela combinarse con él de mil maneras) (Marin 1978: 25-61). Por un lado, la polisemia, vaguedad e imprecisión inherentes al lenguaje visual lo hacen especialmente adecuado como vía para tematizar aquellas cuestiones que, en un momento cultural específico, resulta inviable o muy riesgoso discutir de manera abierta o explícita (Caggiano 2012: 52). En ese sentido, no debe llamar a sorpresa que la dimensión “racial” apareciera aludida a través del lenguaje visual del peronismo algunos años *antes* de que irrumpiera en el debate público. Quienquiera que haya introducido la innovación cromática en el escudo pudo haber aprovechado el mejor canal disponible para traerla a colación en su contexto determinado. Por otra parte –analizando ahora la cuestión del lado del receptor–, como ha notado David Freedberg, la respuesta que una imagen pueda suscitar está condicionada, entre otras cosas, por la posibilidad de quien la mira de establecer con ella una conexión empática: “[S]entimos empatía o afinidad con una imagen porque tiene o muestra un cuerpo como el nuestro; nos sentimos cerca de ella por su parecido con nuestro físico y con el de nuestros vecinos” (Freedberg 1992: 227). En contextos en los que funcionan jerarquías sociales asociadas a diferencias étnicas, las personas pueden establecer una conexión emocional con una imagen que aluda a ellas metonímicamente a través del matiz de su tez, incluso si no existen discursos contestatarios que reivindiquen la piel oscura (el tradicional culto a las Vírgenes morenas extendido en toda América –la Argentina incluida– sería un buen ejemplo).

Pero también es cierto que la misma polisemia de las imágenes vuelve riesgosos los intentos de “leer” en ellas significados unívocos y que con frecuencia, contrariamente al dicho popular, la precisión que brinda la palabra vale por mil imágenes (Burucúa y Malosetti Costa 2012). Un análisis más detallado del contexto en el que se utilizaban los escudos bicolor puede arrojar más luz sobre nuestra hipótesis, toda vez que su uso aparecía asociado a la reivindicación del criollo que se venía proponiendo desde el discurso oficial. Tomemos, por ejemplo, el Cabildo Abierto de 1951. Bajo el escudo bicolor gigante, ese día precedió la ansiada aparición de Evita un discurso del secretario general de la CGT, José Espejo. Antes de ocupar ese cargo, Espejo había sido trabajador en el gremio de la alimentación en Buenos Aires, donde había llegado buscando mejor suerte desde su San Juan natal. Además, era morocho y de tez amarronada. En fin, un prototipo de lo que los antiperonistas llamaban un “cabecita negra”. En su discurso Espejo destacó que la inmensa multitud reunida allí llegaba “desde los cuatro puntos cardinales” del país y traía “la voz de la historia”, ya que ese pueblo “descamisado y sencillo” estaba relacionada directamente con el pueblo que había ofendido “su sangre generosa” en las luchas por la independencia. Para Espejo, el peronismo era precisamente una vindicación de “la patria vieja, vencida, humillada” durante “casi un siglo”, antes de la llegada de Perón (nótese que ese pasado de “ignominia” arrancaba, entonces, con la organización nacional en 1853 e incluía, por ello, la etapa de la gran inmigración).³⁹ Las alusiones al mundo criollo no eran

³⁹ *Mundo Peronista*, n.º. 4, 1/9/1951, s/p.

solo de Espejo. Como solía ser el caso en todas las grandes manifestaciones peronistas de esos años, entre la multitud reunida había gente ataviada como gauchos, algunos incluso a caballo. Los obreros de un frigorífico del Gran Buenos Aires habían llegado “vestidos a la usanza gaucha mientras en una carreta tirada por cuatro bueyes un grupo de paisanos y paisanas hacían oír canciones criollas”. Los diarios oficialistas se ocuparon de incluir fotografías de estas performances, y destacaban también la presencia del “paisanaje de tierra adentro”, llegados “desde el pueblito más distante de Misiones, Chaco, Jujuy o San Juan”, los “verdaderos criollos, representantes genuinos del espíritu que encarna la Nueva Argentina”.⁴⁰ El film propagandístico que la Subsecretaría de Informaciones difundió inmediatamente después del evento también insistía en filiar la multitud allí reunida con la que había protagonizado la Revolución de Mayo: llegaban “desde el fondo de la historia”, después de haber esperado más de un siglo para ver cumplidos sus anhelos.⁴¹

En un contexto como este, el matiz de las manos entrelazadas que mostraba el escudo completaba el significado: el lenguaje visual reponía aquello que el lenguaje verbal tenía dificultades para expresar de manera abierta. El pueblo peronista era todo, pero lo encarnaban especialmente los criollos, que a su vez eran prioritariamente los provincianos de tez amarronada. En la nueva Argentina, en lugar de denigrar a los “cabecitas”, los de arriba tenían la obligación de ser solidarios con ellos. El matiz oscuro de la piel de los de abajo aludía metonímicamente al criollo mestizado, que en el discurso criollista de uso en esos años representaba el corazón de la nación. La introducción del matiz entraba así en un juego semántico con el escudo nacional que perturbaba todavía más el ideal del ciudadano abstracto. Porque, desde el punto de vista del lenguaje visual, estrictamente hablando, los brazos dispuestos en sentido horizontal no decían nada respecto de la condición social de los acordantes: su función ideológica aparecía en el contraste con las desigualdades realmente existentes, pero no estaba sugerida por la propia imagen, que era sociológicamente “neutral” (razón por la cual, por ejemplo, la FORA podía utilizarla para graficar el acuerdo entre obreros). Pero no había tal neutralidad desde el punto de vista “racial”. Mirando los brazos del escudo nacional no podía establecerse a qué clase pertenecían los acordantes, pero sí estaba claro cuál era su color: su piel era rosácea, como la de los franceses del emblema que sirvió de modelo. Por contraste, la conciliación nacional que proponía el escudo bicolor se imaginaba fundamentalmente en términos de un acuerdo de clases, pero definido de modo tal de hacer lugar *visualmente* a la diferencia étnica. La generalidad abstracta de la nación que el escudo nacional representaba metonímicamente mediante brazos “blancos” (y la generalidad “incolora” de la clase obrera en el emblema de la FORA) quedaba así reimaginada como una unión concreta entre condiciones sociales diversas (incluyendo en su color) pero solidarias.

Epílogo: notas sobre el escudo luego de 1955

El “cabecita negra” revalorizado como figura emblemática del peronismo y la denuncia del racismo en Argentina ingresarían en el lenguaje verbal de los peronistas de manera dominante luego de 1955. Ambas se volverían omnipresentes, por ejemplo, en la prensa

⁴⁰ *El Laborista*, 23/8/1951, pp. 2-4.

⁴¹ AGN, Departamento de Cine, Audio y Video, Tabor 15 C 35 1 A.

de la Resistencia peronista y en la de las organizaciones de la tendencia revolucionaria, tanto como en el ensayismo de autores como Arturo Jauretche y Jorge Abelardo Ramos, entre otros (aunque hay que decir que el propio Perón se mantendría siempre más bien circunspecto en estas cuestiones).

En esta época, sin embargo, el escudo tuvo un lugar más modesto como emblema: aunque siguió utilizándose, nunca más tuvo la monopólica centralidad que alcanzó en los años previos. Para empezar, el escudo fue prohibido por la Revolución Libertadora que derrocó a Perón, junto con la marcha peronista y todos los demás símbolos e imágenes caras al movimiento. Además, la simbología de conciliación de clases que presentaba no cuadraba bien con los ánimos de la larga proscripción del peronismo. El ala más radicalizada del movimiento creó sus propios símbolos, como los dedos “en V” o, en el caso de Montoneros, un emblema nuevo (fig. 6) que, como su propio nombre, remitía directamente al mundo criollo previo a la gran inmigración (la lanza tacuara evoca a las montoneras federales del siglo XIX pero también a las armas de los indígenas pampeanos). En esta preferencia, y en el propio nombre de la organización, se notaba la impronta que en estos años adquirió el revisionismo histórico, que revalorizaba el federalismo decimonónico como antecedente del nacionalismo popular al que esa corriente se adhería (de hecho, la interpretación del escudo de Fermín Chávez –figura fundamental del revisionismo–, que imaginaba en sus blasones una referencia al federalismo, forma parte de los deslizamientos de sentido que se produjeron en los años de la Resistencia). La inadecuación del escudo para el ala izquierda del peronismo queda graficada en la curiosa adaptación que apareció en un volante del Frente Revolucionario Peronista en 1974 (fig. 7), en la que la mano de arriba directamente está ausente (y la de abajo promete darle una balacera).



Figs. 6 y 7: El fusil y la tacuara en el emblema de Montoneros y un escudo peculiar en un volante del FRP.⁴²

⁴² La fig. 6 está tomada de: <https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Seal_of_Montoneros.svg>, Permission: Creative Commons Category: CC-BY-SA-3.0 (15.07.2015). La fig. 7 está tomada de Baschetti (2013: 138) (en p. 90 del mismo libro se reproduce otro escudo “sin brazos” usado en la misma época).

En el contexto del progresivo enfrentamiento entre el ala izquierda y derecha del peronismo, de hecho, el uso del escudo fue asumiendo un sentido nuevo: el de defensa de la “ortodoxia” frente a las corrientes izquierdistas. Aunque estas también lo utilizaran ocasionalmente, fue el ala sindical la que lo hizo con mayor intensidad. Sintomáticamente, las boletas electorales para las elecciones de 1973, tanto las que encabezó Cámpora como las de Perón, utilizaron como símbolo el escudo en algunos distritos (por ejemplo la Provincia de Buenos Aires), pero los dedos “en V” en otros (Capital).⁴³ Cuando Montoneros asesinó a José Ignacio Rucci, secretario de la CGT y uno de los referentes del ala derecha del peronismo, la central obrera convirtió al emblema *literalmente* en un escudo de defensa contra los izquierdistas (fig. 8):



Fig. 8: José I. Rucci acribillado desde la izquierda, defendiendo al peronismo con el escudo.⁴⁴

Tras la última dictadura militar el escudo conservó de algún modo el sentido de “ortodoxia”: fue utilizado por los candidatos presidenciales del PJ desde entonces (Ítalo Luder y luego Carlos Menem y Eduardo Duhalde), pero no por las fórmulas que presentó el kirchnerismo desde 2003. En las elecciones para senadores de 2005, en las que Hilda “Chiche” Duhalde se enfrentó con el sello del PJ a Cristina Fernández de Kirchner, el escudo apareció en las boletas de la primera. Los Kirchner, que se referenciaron discursivamente

⁴³ Véanse el blog de José Rubén Sentís (<<http://joserubensentis.blogspot.com.ar/2012/03/mi-primer-voto-campora-al-gobierno.html>>); la página de Peronismo Militante (<http://www.peronismomilitante.com.ar/?attachment_id=1706>), y las boletas publicadas en Ruinas digitales (<<http://www.ruinasdigitales.com/blog/llamado-a-la-solidaridad/>>) (1/8/2013).

⁴⁴ Afiche producido por la CGT (1974). Museo del Bicentenario, Buenos Aires, sin signatura.

con el ala izquierda del peronismo de los años setenta, en general lo evitaron, incluso en los actos públicos.⁴⁵ Sin embargo, con la posterior “PJtización” del kirchnerismo, desde las elecciones de 2013 el emblema volvió a ser utilizado profusamente en la publicidad oficial de la campaña en todo el país.

Y aunque, en los usos oficiales, el escudo es siempre de la variante sin matices, el emblema sigue dando lugar a nuevas apropiaciones “heréticas” que se ocupan de mostrar las diferencias en el color de la piel (fig. 9), incluyendo algunas de lo más inesperadas (fig. 10).



Figs. 9 y 10: El escudo bicolor en el logo de la página kirchnerista PJ Digital, c. 2011⁴⁶ y en un blog anarcoperonista.⁴⁷

De cualquier manera, en el momento actual de la cultura argentina, en el que las diferencias étnico-raciales se han vuelto tema de debate abierto, ya no parece que el lenguaje visual requiera sutiles interpretaciones. Como podrá verse en la siguiente ilustración de aparición reciente, la tez de las manos en relación con la nación aparece utilizada de manera más bien explícita para tematizar el racismo y la necesidad de superarlo (fig. 11).

⁴⁵ Un intelectual oficialista, a su vez ligado a la izquierda peronista de los años setenta, mencionó la desaparición del escudo en la liturgia como prueba de la vocación kirchnerista de trascender el legado del peronismo clásico (Feinmann 2011).

⁴⁶ Imagen tomada de: <<http://pjdchubut.blogspot.com>> (15.07.2015). El escudo bicolor también apareció como parte de la bandera justicialista en una foto publicada en 2010 en un sitio periodístico fueguino; consultados por el autor, sus responsables no supieron identificar la procedencia. Véase: <<http://www.sur54.com/queno-no-falta-mucho-tiempo-para-que-se-decida-como-se-unificara-el-pj>> (18.05.2015).

⁴⁷ Aparece por caso en el *banner* del blog anarco-peronista, apropiado con cambios significativos: cerveza en vez de pica, hojas de marihuana en lugar de laureles y un brazo de piel amarrada con un símbolo antipolicial (popular entre jóvenes de las clases bajas) entrelazado con otro de tez más clara con un brazalete *punk*. Véase <anarkoperonismo.blogspot.com> (01.08.2013).



RACISMO A LA ARGENTINA

Por Alejandro Frigerio

ANTROPÓLOGO, INVESTIGADOR DEL CONICET

Quizá nuestro secreto mejor guardado es que somos una sociedad notablemente racista. Casi todas las sociedades lo son, pero cada una tiene su modalidad específica. Con respecto a los afrodescendientes, el "racismo a la Argentina" se puede resumir así: "No somos racistas porque en nuestro país no hay (más) negros. Aquellos a quienes llamamos cotidiana y despectivamente 'negros' ('cabeza', 'villeros') los despreciamos 'sólo' por su falta de cultura y educación y no por su color". Todo lo cual es falso.

Aunque ya no constituyen el 30 por ciento de la población de Buenos Aires como en 1810, existen muchos argentinos afrodescendientes. Algunos cuentan entre sus ancestros a los esclavizados y libertos de aquella época, otros lo son como fruto de movimientos migratorios en distintos momentos históricos. La cifra superaría con creces los magros 149.493 que captó el último censo, luego de una defectuosa campaña de sensibilización que debía explicar mejor qué es ser "afrodescendiente". Este vocablo, no suficientemente conocido entre nosotros, carece de las connotaciones racistas y peyorativas de la palabra "negro", que define negativamente a una persona por su color de piel.

En un país como la Argentina, cuya imagen ideal es la de ser una sociedad blanca, europea, moderna y católica, las formas de discriminación cotidiana más comunes que sufren las personas consideradas (socialmente) negras son la invisibilización, la extranjerización y la estereotipación. Han quedado invisibilizadas en la narrativa dominante de la nación, ya que se admite su presencia tan sólo hasta el gobierno de Rosas. También son invisibilizadas en nuestra vida cotidiana. Esto se logra por medio de la adscripción de la categoría de negro tan sólo a quienes tienen tez muy oscura y cabello "mota". Otro mecanismo es el ocultamiento de antepasados negros en las familias: son comunes los casos en que se esconden fotos de abuelos porque eran negros.

La extranjerización –particularmente irritante para los afroargentinos– consiste en asumir que toda persona negra

que encontramos por la calle, no importa qué tan bien hable nuestro idioma, es necesariamente un inmigrante. Mediante la estereotipación se les asignan roles sociales, rasgos físicos o emocionales, o habilidades con base en el fenotipo: los negros serían sexualmente calientes, buenos para el baile y la diversión, inadecuados para trabajos serios. Estos prejuicios tienen una larga historia en nuestra sociedad y una gran vigencia. Otros tipos de discriminación los comparten con un segmento mayor de la población: el de quienes por su ascendencia indígena, mestiza o afro físicamente evidente son despreciados por no responder a la imagen ideal de argentinos descendidos-de-los-barcos-de-inmigrantes-europeos.

Cuando se habla, con desdén e impunidad, de "negros" ("cabeza", "villeros") se toma en cuenta –aunque se niegue explícitamente– la dimensión fenotípica (color de piel y rasgos faciales). Implícitamente, la relevancia de esta dimensión se encuentra enraizada en nuestro sentido común y se añade, o aun antecede, a otros criterios como posición de clase y preferencias estéticas. Nuestros "negros" cotidianos no son sólo "sociales" sino también "raciales": son "insuficientemente blancos" y en ello radica en buena medida su presunta falta de confiabilidad. La expresión "cosas de negros" nació en referencia a la población afroargentina, pero ahora, en sus distintas variantes, expresa una desconfianza hacia todo lo que pueda hacer el "otro" que no llega a ser europeamente blanco. Asimismo, la "portación de rostro" en los encuentros con la policía o la "buena presencia" exigida en numerosas oportunidades laborales son dos formas comunes de expresar desconfianza y manifestar rechazo hacia millares de compatriotas "insuficientemente blancos", cuyo acceso a oportunidades de justicia, educación, empleo digno y movilidad socioeconómica se ve restringido por nuestro racismo tácito.



Fig. 11: Ilustración para un artículo sobre el racismo en Argentina.⁴⁸

⁴⁸ Caras y Caretas, 2283 (junio de 2013), p. 51.

Bibliografía

- Abregu Virreira, Carlos (1953): *La cultura tradicional en el Segundo Plan Quinquenal*. Buenos Aires: Subsecretaría de Informaciones.
- Adamovsky, Ezequiel (2014): “La cuarta función del criollismo y las luchas por la definición del origen y el color del *ethnos* argentino (desde las primeras novelas gauchescas hasta c. 1940)”. En: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, Tercera serie, 41, pp. 50-92.
- (2015): “El criollismo en las luchas por la definición del origen y el color del *ethnos* argentino, 1945-1955”: En: *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, 26, 1, pp. 31-63.
- Aime, Susana/Lizarriturri, Ivana/Mangone, Carlos (1994): “Política e identidad”. En: Mangone, Carlos/Warley, Jorge (eds): *El discurso político: del foro a la televisión*. Buenos Aires: Biblos, pp. 199-212.
- Archivo General de la Nación (1933): *El escudo nacional*. Buenos Aires: AGN.
- Barone, Orlando (1973): “La polémica sobre la obra Arquetipo Símbolo. Un gran escultor argentino, el necesario rescate de Sesostris Vitullo”. En: *Crisis*, 2, junio. Fragmento en: <<http://www.proa.org/exhibiciones/pasadas/vitullo/sala1/1.html>> (23.10.2014).
- Baschetti, Roberto (2013): *Lo que el viento (no) se llevó: efémeras, volantes y panfletos peronistas*. Buenos Aires: Pueblo Heredero.
- Burke, Peter (2005): *Lo visto y lo no visto: el uso de la imagen como documento histórico*. Barcelona: Crítica.
- Burucúa, José E./Malosetti Costa, Laura (2012): “Una palabra equivale a mil imágenes. Polisemia, grandeza y miserias de las representaciones visuales”. En: *Concreta*, 00, pp. 6-13.
- Caggiano, Sergio (2012): *El sentido común visual: disputas en torno a género, ‘raza’ y clase en imágenes de circulación pública*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Ciria, Alberto (1983): *Política y Cultura Popular: la Argentina peronista, 1946-1955*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- Comisión Nacional de Cultura (1950): *Fiesta criolla* (folleto), s/l.
- Corvalán Mendilaharsu, Dardo (1944): *Los símbolos patrios*. Buenos Aires: Imprenta de la Universidad.
- Eguren, Alicia (1951): “Poema a los cabecitas negras”. En: *El talud descuajado*. Buenos Aires: Sexto Continente, pp. 57-60.
- Feinmann, José Pablo (2011): “‘La más habilitada para que el peronismo deje de ser peronismo es Cristina’ (entrevista)”. En: *Revista Ñ*, 27 de diciembre, pp. 4-5.
- Firpo, Norberto (2003): “Símbolos, un asunto peliagudo”. En: *La Nación*, 22 de febrero, p. 19.
- Freedberg, David (1992): *El poder de las imágenes: estudios sobre la historia y la teoría de la respuesta*. Madrid: Cátedra.
- Gambini, Hugo (1999): *Historia del Peronismo*. Buenos Aires: Planeta.
- Gené, Marcela (2005): *Un mundo feliz: imágenes de los trabajadores en el primer peronismo, 1946-1955*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica/Universidad de San Andrés.
- Gino Germani (1987): *Estructura social de la Argentina*. Buenos Aires: Solar.
- González Crespo, Jorge (2009): *La orden de la Medalla Peronista*. Buenos Aires: Ayer y Hoy.
- Gutiérrez, Ramón (2009): *Jorge Sabaté: Arquitectura para la justicia social*. Buenos Aires: CEDODAL.
- Guzmán, Ángel (1989): “Yo soy el inventor del escudo peronista” (entrevista). En: *Clarín*, 5 de julio, p. 31.
- Karush, Matthew (2012): *Culture of Class: Radio and Cinema in the Making of a Divided Argentina, 1920-1946*. Durham: Duke University Press.
- Mackinnon, Moira (2002): *Los años formativos del Partido Peronista (1946-1950)*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.

- Marin, Louis (1978): *Estudios semiológicos (La lectura de la imagen)*. Madrid: Comunicación.
- Mercado, Silvia D. (2013): *El inventor del peronismo: Raúl Apold, el cerebro oculto que cambió la política argentina*. Buenos Aires: Planeta.
- Milanesio, Natalia (2010): "Peronists and Cabecitas: Stereotypes and Anxieties at the Peak of Social Change". En: Karush, Matthew/Chamosa, Oscar (eds.): *The New Cultural History of Peronism*. Durham: Duke University Press, pp. 53-84.
- Mugica, Adolfo (1945): "Merienda de negros". En: *Tribuna Demócrata*, 2, 26 de diciembre, p. 2.
- Perón, Juan D. (1998): *Obras Completas*. Buenos Aires: Fundación Pro Universidad de la Producción y del Trabajo.
- Pezzano, Luciano (2008): "Noticias sobre el origen del escudo nacional". Ponencia presentada en las XXVII Jornadas Nacionales de Numismática y Medallística, La Plata. Disp. en <<http://www.centrosanfrancisco.com.ar/noticias/NOTICIAS.pdf>> (30.08.2013).
- Piccolo, Nélide Lea (1954): *Cajita de música (texto de lectura para Primer Grado Superior)*. Buenos Aires: Estrada.
- Plotkin, Mariano (1994): *Mañana es San Perón: propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista (1946-1955)*. Buenos Aires: Ariel.
- Poole, Deborah (1997): *Vision, Race, and Modernity: A Visual Economy of the Andean Image World*. Princeton: Princeton University Press.
- Rosenkrantz, Eduardo S. (1997): *Historia de dos banderas*. Buenos Aires: Ed. de Belgrano.
- Schembs, Katharina (2013): "Education through Images: Peronist Visual Propaganda between Innovation and Tradition (Argentina 1946-1955)". En: *Paedagogica Historica*, 49, 1, pp. 90-110.
- Talamón, Gastón O. (1947): "Buenos Aires se provincializa". En: *Continente*, octubre, p. 154.
- Wehmann, Enrique (s./f.): *Memorias inéditas* (manuscrito facilitado al autor por su hijo Guillermo).